

# Las tragedias de la infancia

Susana Gazmuri Stein  
Académica Historia UC



**E**l término tragedia proviene, como es sabido, de las dramáticas obras de teatro que se presentaban en el escenario ateniense. Esta forma literaria era, en parte, heredera de la antigua tradición oral que había ido cambiando de forma y de público. La *Iliada* y la *Odisea* eran cantadas frente a pequeños grupos, probablemente de aristócratas, y los poemas líricos recitados frente a círculos de soldados, aristócratas y campesinos. El teatro, por su parte, se presentaba frente un público mucho más numeroso, compuesto por todos los ciudadanos de la polis. A fin de cuentas, era la forma literaria de la democracia y en ella se exponían los dilemas y tensiones que ocupaban a los atenienses.

Recurriendo a los mitos, los escritores de tragedias ponían en escena las inquietudes que afligían a la ciudad. A mi entender, lo más atractivo de estas obras, especialmente en estos tiempos de causas e ideas absolutas, es que sus autores no pretendían resolver los dilemas expuestos,

no hay moralejas en ellas, sino que invitaban a la audiencia a reconocer y habitar la tensión irresoluta. A fin de cuentas, las moralejas pertenecen a las fábulas para niños.

En ese sentido, las reacciones al libro de Javier Rebolledo, *Falsas Denuncias*, son elocuentes respecto a nuestra incapacidad actual de pensar y, más importante, actuar, atendiendo a la complejidad de las decisiones que debemos tomar los adultos, especialmente cuando se trata de niños y niñas.

Hay mujeres y madres que simplemente no lo leerán. Hay hombres y padres que lo usarán como prueba de que el feminismo y la ideología de género echarán mano a todas las herramientas a su disposición para derrocar al patriarcado. Peor aún, seguramente habrá quienes, habiendo sido justamente acusados y alejados de sus hijos, lo blandirán como prueba de su inocencia. Mientras tanto, niños y niñas seguirán siendo abusados por padres y

madres sin respeto alguno por su dignidad, es decir, utilizados como instrumentos de su placer, su rabia, sus deseos de venganza y locura.

Así ocurrió a Ifigenia, la hija de Agamenón, líder de los griegos, que castigados por la diosa Artemisa no podían zarpar a Troya. El rey la convocó a Aulis con el pretexto de darla en

matrimonio a Aquiles, cuando en realidad necesitaba usarla como animal sacrificial para aplacar a la diosa. De acuerdo con otra versión del mismo Eurípides, en el último momento, Artemisa le salvó la vida, reemplazándola por un ciervo en el altar, y la llevó a su templo entre los Tauros pa-

ra ponerla a su servicio.

No es este el lugar para moralejas, pero sí nos deberían inquietar las tragedias de la infancia: el abandono, los usos de familiares y políticos y la negligencia del Estado. Por ellas se cuelan la vida de niños y niñas que ya no necesitan aprender de moralejas.

**“No es este el lugar para moralejas, pero sí nos deberían inquietar el abandono, los usos de familiares y políticos y la negligencia del Estado”.**